



Rosario Sánchez García

María José Alfonso Mingó



MM
La Suma de Todos

CONSEJERÍA DE ASUNTOS SOCIALES
Comunidad de Madrid

www.madrid.org

La Consejería de Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid, presenta anualmente el proyecto Mayores Magníficos. Se trata de una distinción a los mayores de los Centros y Residencias gestionados por el Servicio Regional de Bienestar Social de la Comunidad de Madrid, con la que se quieren resaltar una serie de valores humanos y universales, a través de vidas ejemplares.

Este cuaderno biográfico amplía y completa los videos reportajes exhibidos a modo de presentación, en el acto público de homenaje a los Mayores Magníficos 2014. En él se ha pretendido narrar, de manera honesta y amena, la historia de dos mujeres. Dos mujeres Magníficas con trayectorias vitales absolutamente distintas, que sin embargo -y dejando de lado algunos sutiles nexos de unión que ofrecen sus historias-, tienen en común la especial energía vital que a cada una proporciona la dedicación a su gran pasión: el deporte y la actuación, según el caso.

Teatro, cine, televisión, radio, doblaje... En cualquier campo en que se haya necesitado de actores, allí ha estado María José Alfonso. Actriz casi desde la cuna, vocacional, versátil y defensora de los "codos" como único secreto de su profesión, ha puesto y sigue poniendo rostro y voz a cientos de personajes de todo tipo. A través de su intensa mirada, es posible asomarse al fascinante oficio del "cómico", una de sus palabras preferidas. Un mundo siempre en movimiento, en el que hay que cambiarse de piel por cada personaje e ir saltando de escenario en escenario, de rodaje en rodaje, de plató en plató, en compañía de la gran familia que formaron los mejores intérpretes que ha dado este país.

La energía inagotable que desprende Rosario Sánchez, la obtiene en la práctica del atletismo. En su historia encontraremos representados, de manera diáfana, los principales valores del deporte, empezando por un espíritu de superación a prueba de cualquier impedimento. Nada puede detener a Charo cuando echa a correr hacia la meta, y mucho menos el tópico de que la edad es un problema para practicar atletismo al más alto nivel. Sus más de 40 subidas al podio en la última década lo demuestran, pero también la narración de otros episodios de su vida, que nos muestran a una mujer luchadora, constante y capaz de aplicar la siguiente máxima: es imposible ser inmune al desaliento o a la pereza, pero sí que es posible vencerlos.

A través de este reconocimiento a Doña Rosario y a Doña María José, la Comunidad de Madrid rinde homenaje a todos los mayores con cuyo esfuerzo, talento y capacidad se ha construido un Madrid tan lleno de variedad y riqueza humana.

JESÚS FERMOSEL
CONSEJERO DE ASUNTOS SOCIALES
Madrid, octubre de 2014

"CON TODOS USTEDES..."

María José Alfonso Mingo

MAYORES M AGNÍFICOS



Datos técnicos:

Coordinación técnica:

Servicio Regional de Bienestar Social

Coordinación de Centro de Mayores

Unidad de Animación y Desarrollo Integral

Depósito Legal: M-29170-2014

Diseño y maquetación: dmásmedia

Tirada: 250 ejemplares

"CON TODOS USTEDES..."

María José Alfonso Mingo

1. Elementos inestables
2. Verbena y procesiones
3. La niña quiere ser actriz
4. En el aire
5. Próximamente estreno
6. De gira
7. Una gran familia
8. En pantalla grande
9. Cambio de canal
10. La peineta, en el camerino
11. Fotografías

ELEMENTOS INESTABLES

Amor, dolor, ternura, tristeza, rabia, seducción, humor, cinismo, indiferencia, humildad, aplomo, vanidad. Verdades y mentiras. Etcétera. Con los ojos puede sugerir tantas cosas. Y puede combinarlas en la medida que desee: pongamos un 30 por ciento de seducción, un 50 por ciento de ternura y un 20 por ciento de tristeza. Lo mezcla, lo agita, y sirve una mirada nueva, indefinible con palabras.

Es lo que hace el químico en el laboratorio, pero también lo que hace el barman en la coctelería. Claro que en la materia de la que estamos hablando, los elementos son inestables, y el nitrógeno líquido es rabia y el whiskey escocés, seducción. Por eso comparar la actuación con la ciencia es una tontería. Es, más bien, como un truco de magia. La actriz entra en el camerino, y sale al escenario un personaje, igual que entró el conejo en la chistera y salió una paloma. Nadie sabe exactamente cómo ha sucedido, pero al final, aplauden.

Hay que trabajar mucho para controlar los ojos, las cejas, las pestañas, las cuerdas vocales, la lengua, las manos, los pies, los hombros... todo. Que cada parte haga lo que el actor les ordena hacer. Y esto es dejar de ser estos ojos, cejas, pestañas, etc. y ser, temporalmente, los de otra persona. Ni siquiera de otra persona: de un personaje. Del que sabemos lo que dice el guión que dice. Explicale esto a un hombro.

Así que se trabaja para que todos los órganos se adapten a pertenecer a un desconocido, y sientan lo que creemos o nos dicen que el personaje siente. Puede ocurrir que la barbilla se meta en el papel pero la espalda no, y esto es un problema que el actor tendrá que solucionar. O decir que está añadiendo un matiz en su interpretación.

Aún así, muy a menudo el cuerpo hará lo que le dé la gana. No pasa nada, porque es parte de la magia. De lo que a veces funciona, y otras veces no, y otras veces casi pero no del todo. Todo es relativo, no hay ciencia menos exacta. Por eso no es una ciencia. Y por eso hay que trabajar tan duro, y con tan pocas certezas. Es lo que dicen sus ojos.

Últimamente, no le meten muchos guiones por debajo de la puerta, como suele decir, pero María José Alfonso sigue actuando. "Que me retiren, es otra cosa, pero yo de retirarme, nada". Las cosas están difíciles, pero en cualquier momento puede sonar la melodía de la Habanera de Carmen, la ópera de Bizet, que tiene como señal de llamada en su teléfono móvil, anunciando un trabajo inminente.

Trabajando siempre con elementos inestables, sería demasiado pedir a estas alturas estabilidad laboral. Más para quien ya ha vivido de sobra las duras y las maduras de una profesión como ésta. María José Alfonso, actriz absolutamente vocacional y todoterreno, ha catado todos los palos: teatro, cine, televisión, musicales, radio... Ha hecho de todo, todo lo ha hecho encantada, y todo lo ha hecho bien.

Nunca ha querido escribir sus memorias. "Las memorias tienen mucho de ficción, y para la ficción ya tenemos las novelas y las películas", le dijo a un periodista de La Razón que la entrevistó hace un par de años. Su vida íntima no le interesa "más que ella y a los suyos", añadió.

Además, no es como su amiga Lola Cardona, que "se acordaba perfectamente de datos y fechas". María José Alfonso tiene mala memoria, "hasta para los cumpleaños de mis hijos, aunque ellos dicen que es porque les quiero quitar años... o porque me los quiero quitar yo". Así que habrá que componer el personaje encajando piezas de aquí y de allá, intentando que las anécdotas aisladas den sentido al relato. Empezando por un apartamento lleno de libros.

Es lo primero que se ve, pero resulta sólo es la punta del iceberg: "No sabes lo que hay en esta casa. Debajo de las mesas camillas, debajo de las camas... no te lo puedes imaginar". Por no hablar de la casa en el pueblo: "Ahí ya es la repera". Libros y más libros.

María José Alfonso no se ha deshecho de ninguno, pese a que una bajante de la calefacción le arruinó parte su biblioteca: "Sitúate: un cuarto con dos armarios librerías, y un día le digo a mi hija: 'vamos a limpiar arriba'. De pronto los libros estaban como pastosos... la mitad, hechos un desastre. He tenido que deshacer dos habitaciones, me ha venido el escayolista, el pintor...".

Pero aquí siguen los libros, en todos los rincones de la casa: "Me dan una pena... es lo último de lo que quiero prescindir. Los he salvado casi todos, aunque tengo todavía algunos que están fatal, pero los pondré al vapor. De otras cosas no me importa prescindir, pero los libros... son toda una vida". Ya es un comienzo.

VERBENAS Y PROCESIONES

Farolillos y bombillas de colores: un resplandor multicolor inunda la plaza, en movimiento. Giran los caballitos del tiovivo, giran las manivelas de los organillos. Giran las manolas y los manolos, recorriendo en círculos la plaza circular de Olavide.

Chaquetillas, claveles en la solapa, gorras blanquinegras, pañuelos blancos y mantones de manila. Puestos de limonada, y barracones: juegos de feria, rifas, adivinatoras, baratijas de todo tipo. Y una niña pequeña, que observa con los ojos muy abiertos: la verbena del Carmen huele a limón, y sabe a almendras garrapiñadas.

"Cuando yo era pequeña la verbena se ponía en las calles, por todo Álvarez de Castro, en las plazas... era un disfrute". Si la verdadera patria del hombre es la infancia, como escribió Rilke, María José Alfonso quizás estaría empadronada en la verbena del Carmen. Pero ella se define así: "Madrileña, europea y mundial".

Madrileña, del mismísimo barrio de Chamberí: "Mi niñez es la verbena, y estar todo el día jugando en la calle". Tiempos en que los fines de semana "nos íbamos la familia con la tortilla de patatas, los pimientos fritos y los filetes empanados a montar en bici por la Dehesa de la Villa".

En cuanto a sus orígenes familiares, explica que "mi padre fue concebido en Madrid, pero nació en el norte. Mi madre era de Toledo". Su primera infancia la vivió en la capital, la ciudad en que ha residido casi toda su vida, aunque con habituales viajes motivados por su trabajo.

La infancia de María José Alfonso parece haber sido plácida: "He tenido mucha suerte en esta vida, porque tuve una infancia feliz y una adolescencia feliz. Realmente es una suerte". En sus primeros recuerdos está acudir a un jardín de infancia en el que llevaba "un babi y un plumier, uno de aquellos tan bonitos que había... de hecho hace un tiempo encontré uno en un pueblo y me dio una alegría... olía a goma y a lápiz", recuerda.

En Madrid acudió a las clases del colegio Lope de Vega, hasta que con unos nueve años, su padre decidió por motivos laborales que la familia se trasladaría a la provincia de Córdoba: "Yo hice la mitad del bachillerato en Priego de Córdoba. Recuerdo que me examinaba en Cabra".

Priego de Córdoba: en la comarca de la Subbética, zona tradicionalmente agraria dominada por el inmortal paisaje de olivos de la Alta Andalucía, Priego lleva el sobrenombre de la "ciudad del agua" por los muchos manantiales que brotaban en el municipio.

A finales de la década de los 40, Priego era posiblemente más conocido por ser la ciudad en que nació Niceto Alcalá-Zamora, primer presidente de la Segunda República, que por ser una joya del barroco andaluz. A su nómina de edificios y monumentos barrocos, se une el encanto moruno del barrio de la Villa, cuyas estrechas callejuelas blancas de cal están siempre repletas de macetas con flores.

"Estuve en Priego unos dos o tres años, y me acuerdo que iba a un colegio mixto, lo que era muy raro entonces, aunque la verdad es que yo siempre he ido a colegios mixtos, lo que demuestra que mis padres eran muy avanzados".

La Fuente del Rey, con sus ciento treinta y nueve caños, y la semana santa: "Tengo el recuerdo de las procesiones, muy bonitas". También aspectos no tan vistosos de la vida en Priego, como una escena que debía impactar a una niña de apenas nueve años: "Otra cosa que recuerdo es que las prostitutas bajaban por toda la calle principal para ir al médico una vez por semana. En el pueblo estaban acostumbrados, se decía 'ya van al médico' o algo así".

El particular ambiente de aquella comarca cordobesa, que durante algunas décadas estuvo detenida en el tiempo, manteniendo tradiciones y comportamientos que hoy sorprenderían, sirvió a María José más adelante en algunos trabajos, particularmente en una de sus películas más recordadas: La niña de luto, ambientada en un pueblo andaluz que podría parecerse a aquel Priego de finales de los 40.

"Yo era pequeña cuando estuve en Priego, pero creo que sí que me sirvió para la película, que estaba ambientada en aquella Baja Andalucía, y sí hubo algunas cosas de Priego que se me quedaron grabadas". A esta bella localidad cordobesa, sin embargo, "no he vuelto a ir, aunque me encantaría".

LA NIÑA QUIERE SER ACTRIZ

"La niña, que quiere ser actriz". Cuantas madres o padres de adolescentes habrán pronunciado en algún momento, como premonición de graves desastres, esta frase, o alguna semejante... Son pocos los casos en que tan terrible augurio se ha cumplido. El de María José Alfonso es uno de ellos.

"Me viene de niña: me ponía los tacones de mi madre y sus pañitos, mi miraba al espejo y hacía tonterías". Desde pequeña, María José tuvo claro que lo suyo era la actuación, y nunca quiso hacer otra cosa. Una determinación que no era plenamente compartida por sus padres: "Mi padre quería que hiciese Magisterio, lo cual a mi no me gustaba".

La familia había vuelto a Madrid después de los dos años en Priego. El negocio que el padre de María José había montado en Córdoba, no había resultado. De vuelta en la capital, su hija empezó en seguida a hacer sus pinitos sobre el escenario sin que nadie pudiera evitarlo.

Los primeros 50, en Madrid: la capital va poco a poco dejando atrás la durísima posguerra. La ciudad se expande hacia nuevos barrios periféricos en construcción, que acogerán inmigrantes de las zonas más empobrecidas de España, venidos a trabajar en la pujante industria madrileña, que empieza en estos años a desarrollarse.

Los dos años en Priego sólo han sido un paréntesis para María José, que regresa al castizo Chamberí, y a las clases en el Lope de Pega. Su afición por la actuación está encontrando cauce: "En el Lope de Vega, y luego en la Escuela de Arte Dramático, que estaba en la calle Pez... y después empecé a ir a más escuelas y a hacer teatro aficionado".

"Tenía unos catorce años cuando empecé", recuerda, siguiendo en un primer momento los pasos de "una prima que iba a la escuela de Arte Dramático". Junto al antiguo Parque Móvil, en la calle Cea Bermúdez, zona en la que se construyó el edificio que alberga hoy los Teatros del Canal, "hacíamos teatro aficionado. Luego en seguida empecé en la radio, haciendo cuentos para niños".

Imposible recordar cuándo fue la primera vez que se subió a un escenario: "Exactamente no lo recuerdo, porque primero se hacían papelitos pequeños". Pero sí puede recordar la sensación de los comienzos: "Pues creo que me gustaba actuar más antes que ahora, ahora cada vez que salgo lo paso peor", dice medio en broma. "De joven sí es cierto que decía 'venga, esto lo hago yo muy fácil...'; y ahora pues cada vez como que da un poco más de respeto".

A la hora de la verdad, pese al empeño del padre en que estudiara la carrera de Magisterio, María José contó con el apoyo familiar para desarrollar su vocación: "Se lo planteé en serio a mis padres y me dijeron que sí, que si eso era lo que me gustaba, que lo hiciera". Una actitud no tan común entonces: "Me dejaron hacer este trabajo a pesar de que en aquella época no era fácil que las chicas se metieran a ser actrices. Se veía como algo problemático".

Su carrera fulgurante en la actuación acabó de un plumazo con cualquier otra posibilidad: "Pisé la universidad sólo para hacer teatro", explica sin asomo de nostalgia por lo que no fue. Aunque Magisterio estaba descartado, "si no hubiera sido actriz, me gustaría haber sido médico". Algo con lo que "nunca he fantaseado mucho, pero creo que podría haber sido un buen médico".

Reflexionando en la actualidad sobre aquella inclinación por la medicina, María José aprecia "cierta relación entre la medicina y la literatura, o el teatro". Como conocedora de las biografías de muchos autores, resalta que "hay muchos médicos que han escrito teatro, o están relacionados de alguna manera con el teatro". Tal vez será porque "unos cuidan el cuerpo y otros el alma. Debe ser eso".

Sea como sea, ya tenemos a esta María José Alfonso adolescente dedicada de lleno a su vocación: actuar. Algo de lo que nunca se arrepintió, ni se arrepentirá: "Soy totalmente vocacional. A pesar de todo, porque no es un camino de rosas, hay muchísimos escollos. Pero yo si volviera a nacer, volvería a ser actriz, eso lo tengo claro".

EN EL AIRE

"Yo de pequeña oía la radio muchísimo", recuerda María José Alfonso. "Se emitía muchísimo teatro en directo: eran representaciones teatrales que grababan durante las funciones, y luego las emitían". En su niñez, en los 40 y primeros 50, aún no había llegado la televisión a los hogares españoles.

La radio era casi un miembro más de cada familia. En los años 20, aquellos cacharros tan bonitos, aparatosos y al principio misteriosos habían empezado a extenderse por todos los hogares españoles. A partir de 1924, el gobierno aprobó media docena de concesiones que posibilitaron la creación de las primeras emisoras de radio en España.

Dejando aparte su importancia propagandística durante la guerra, en los años 50 y primeros 60 -a partir de la proliferación de emisoras nacionales, regionales y locales gracias a una ley aprobada en 1952- la radio española vive años de esplendor.

Son tiempos en los que la programación informativa y musical se completa con otro tipo de contenidos, entre los que ocupa un lugar de honor el radio teatro. Un género que pasó a ocupar un espacio más bien residual a partir de la universalización de la televisión, que asumió la grabación y emisión de representaciones teatrales, pero que sin embargo durante más de dos décadas mantuvo a cientos de miles de españoles con la oreja pegada a su receptor.

De la emisión de obras de teatro, ya fuera en directo o grabadas, en los 40, se pasaría pronto al desarrollo del teatro del aire, en el que obras teatrales de renombre se adaptaban de manera específica al formato radiofónico. Los actores interpretaban el texto desde el estudio de radio. Esta fórmula ofrecía nuevas posibilidades, especialmente en el campo de los efectos de sonido, que pasaron a tener una importancia fundamental en estas representaciones sonoras.

María José empieza a labrarse un nombre en el panorama actoral nacional en parte gracias a sus interpretaciones radiofónicas mediados los años 50: "Tenía apenas catorce o quince años, y empecé a interpretar cuentos para niños, me parece que en Radio Intercontinental, con Rafael Barón".

Barón es uno de los nombres fundamentales de este género en auge, sobre todo cuando el teatro del aire muta sutilmente en lo que se dio en llamar radio dramas o radio novelas: las emisoras incorporan en los años 50 escritores, actores y sonidistas a sus plantillas para desarrollar seriales de ficción radiofónica.

Al estar escritos específicamente para el medio, los radio dramas superan todas las dificultades técnicas que surgían al adaptar obras pensadas para ser representadas en teatro, y por tanto con un componente visual que resultaba imposible de soslayar del todo.

En los 50, María José trabajó con frecuencia en dramatizaciones radiofónicas: "Hice muchas cosas en Radio Nacional, donde había un cuadro de actores magníficos". Es la época en que triunfan grandes seriales que firman autores como el citado Rafael Barón o Guillermo Sautier, el Rey Midas de la ficción radiofónica en España.

Ambos autores firman conjuntamente el libreto del más exitoso de estos seriales: la dramática y un tanto rocambolesca historia de una mujer que, creyendo que su muerte es inminente, entrega su hijo recién nacido a una familia acomodada que ha perdido el suyo. Su muerte no se produce, por lo que la sufrida madre se empleará como ama de cría de su propio vástago. Se trata, claro está, de Ama Rosa.

A parte del gran hit, otros de sus seriales triunfaron en las ondas españolas, como Lo que nunca muere, Simplemente María, o Lucecita. Junto a estas radionovelas sentimentales se programaron muchas otras, atreviéndose la ficción radiofónica española con todos los géneros, incluyendo la ciencia-ficción o el western en seriales como Diego Valor o Dos hombres buenos, respectivamente.

Aunque la ficción fuera progresivamente perdiendo espacio en las programaciones radiofónicas, el género siguió ofreciendo exitosos seriales en décadas posteriores. En 1984, María José estrenó María Hitler, un serial de más de sesenta capítulos que emitió RNE, con texto de Manuel Vázquez Montalbán.

Entre la multitud de trabajos que ha hecho en televisión, cine y teatro, el paso por la radio de María José Alfonso suele aparecer totalmente sepultado en su nómina interpretativa. También sus trabajos de doblaje, herederos directos de estas experiencias radiofónicas.

Sin embargo, la radio es un medio muy relacionado con sus inicios como actriz, que nunca ha abandonado realmente: "La radio realmente me entusiasma, aunque yo me siento cómoda en cualquier formato. Cuando no estoy haciendo televisión quisiera hacerla, cuando hago radio quiero hacer teatro... me gusta todo".

PRÓXIMAMENTE ESTRENO

"Empate a dos: ¡No es un resultado deportivo! ¿Qué es? Próximamente estreno". El enigmático texto se publicaba en la sección Guía del Espectador del diario Abc, en marzo de 1965, aunque luego el diario aclaraba: "¡Una divertida comedia de éxito mundial!". En el Valle Inclán, dirigida por Fernando Fernán Gómez. Con María José Alfonso en el papel de "ella", y Carlos Larrañaga, en el de "él".

"Fue un exitazo", recuerda María José, que a sus veinticinco años llevaba ya una importante trayectoria a sus espaldas, y era un rostro conocido y reconocido en el panorama. Un inicio fulgurante que se inició con papeles pequeños que en seguida se convirtieron en protagonistas. "En teatro, de lo primero que hice fue La fierecilla domada, con Fernando Fernán Gómez. Hacía de uno de los pajecillos de la corte, con Maite Blasco de compañera".

El teatro venía de superar la importante crisis que supuso en el sector, como en tantos, la posguerra. Con el agravante de que a la crisis económica se había unido el auge del cine como espectáculo masivo, una propuesta más barata para el espectador y que además ofrecía un nuevo repertorio de posibilidades expresivas frente al teatro tradicional.

Pese a todo, los textos ágiles e ingeniosos de Jardiel o Mihura, las comedias benaventinas de López Rubio, o un poco después el teatro existencialista de Vallejo y Sastre, sí contaron con el favor del público, lo mismo que siguieron funcionando los grandes clásicos. Por no hablar, claro, de zarzuelas, revistas, sainetes, café-teatro y otros tantos espectáculos representados que seguían dando de comer al gremio de los cómicos.

En los 60 y los 70, María José Alfonso encadenó representación tras representación. En Madrid y prolongando los éxitos, por toda España. Ya en 1960 es posible encontrar referencias en prensa de su interpretación en la obra Fuz en Molokai, representada en el teatro Eslava. Protagoniza en 1962 en el teatro María Guerrero La cabeza del dragón, una "farsa infantil" de Valle Inclán, y antes había triunfado la adaptación de Calumnia, de Lillian Hellman, versionada por Cayetano Luca de Tena y Manuel Aznar.

“Váyase usted a hacer el carné”. María José imita la voz grave de Torcuato Luca de Tena, que la aconsejaba de esta manera al enterarse de que aquella actriz jovencita aún no había sacado la identificación del Sindicato Nacional del Espectáculo, documentación que acreditaba la pertenencia a la profesión. “Lo tengo aún guardado, aquel carné del Sindicato Vertical”, explica María José.

Calumnia se estrenó en 1961: “Estábamos Amparó Baró, María Massip, María Jesús Lara, Mayrata O'Wisiedo, Sonsoles Benedicto, Concha Leza... éramos las niñas de un colegio en el que el personaje de Amparo levantaba una calumnia contra dos profesoras”. Bajo la dirección de Cayetano Luca de Tena: “Trabajé con él en más ocasiones, era un señor maravilloso”. La obra fue uno de los grandes estrenos del Teatro Infanta Beatriz de Madrid aquel año.

La cabeza del dragón (1962), El sueño de una noche de verano (1964), Romeo y Jeannette (1966), El amor del gato y del perro (1967), La casa de las chivas (1969), Olvida los tambores (1970), La profesión de la señora Warren (1963), Las tres gracias de la casa de enfrente (1973), Qué absurda es la gente absurda (1974), e Historia de un caballo (1979). Son los títulos teatrales que atribuye en estas dos décadas Wikipedia en su entrada sobre la actriz. Ni muchísimo menos son todos.

“He trabajado en todos o casi todos los teatros de Madrid. Incluso en los más pequeños, algunos que había en la Gran Vía, en cafés-teatro...”. Eran tiempos en los que “sin duda, era mucho más fácil dedicarse a esto que ahora. Éramos menos, y había mucho más trabajo”. Pensando en el panorama actual, sonríe al recordar que “rechazábamos continuamente teatro, televisión... decíamos: ‘no me des más, que esta semana estoy a tope’. Y ahora, para rechazar estamos...”.

Madrid, como capital y ciudad más poblada, era el centro cultural del país, y por tanto acogía todos los estrenos. Pero cuando una obra funcionada, agotado el mercado madrileño, rápidamente se organizaba una gira que llevaba al elenco de un lado para otro durante meses de actividad frenética. Comenzaba la gira por provincias.

DE GIRA

“Podíamos estar nueve meses de gira. Si veníamos a Madrid, era en algún día libre”. Cosa más bien poco frecuente: “Yo he conocido las dos funciones diarias: ensayabas a las tres, después de comer. Se hacía la función de tarde, luego la de la noche, y después, otro ensayo. No había tiempo ni para leer el periódico”, recuerda.

Si la obra tenía éxito, después de unos meses en Madrid, los empresarios teatrales organizaban largas giras, prolongando el montaje algunos meses más. El primer destino solía ser Barcelona, donde las obras podían representarse durante bastante tiempo: “En Barcelona estábamos a veces varios meses. Ya teniendo familia, en una de las giras alquilé un apartamento y me los traje a todos”, explica María José.

A partir de ahí, empezaba la gira de verdad: una fecha en cada ciudad o pueblo. “Era trabajo de cómico puro y duro, palabra por cierto que me encanta, la de cómico”. En este continuo trasiego la compañía recorría todos los rincones de la geografía nacional: “Íbamos a capitales de provincia, y a muchísimos pueblos. Había momentos en que Valladolid te acababa pareciendo una gran urbe, después de pasar por tantos pueblos pequeños”.

Los desplazamientos se hacían en todos los medios de transporte posibles: “Casi siempre furgoneta, y luego coches, barcos, trenes... a Canarias casi teníamos que ir nadando”, bromea, aclarando que todo dependía “del productor y del presupuesto, claro”.

Irse de gira suponía convivir las veinticuatro horas al día, durante meses, con el resto de miembros de la compañía teatral. Algo que se antoja desde luego divertido, pero también que se presupone muy duro si surgen roces. María José enfatiza la parte positiva: “Yo he tenido mucha suerte, muchísima, con mi gente, que es como yo les llamo”. Serían tantos nombres de grandes amigos y amigas, que prefiere no mencionar ninguno: “Seguro que me olvido de alguien, y va a ser peor”.

El trato, lógicamente, no era con todos igual: “Siempre hay gente que la sientes más afín, y otros con los que simplemente tienes una relación cordial, de ‘hola y hasta luego, nos

vemos en la función". Con los más próximos "comíamos juntos casi todos los días, luego todos a echar la siesta y cuando llegaba la hora, al teatro...". Después de la función, "pues igual nos reuníamos en el hall del hotel de alguno, a tomar algo. Muchas veces coincidíamos también con amigos de otras compañías...".

Finalmente, la relación que se establecía era "más de familia que de trabajo", concluye. A su memoria vienen momentos especiales: "Cuando alguien tenía familia en el sitio donde estábamos, nos invitaba a comer a todos... por ejemplo la tía de Lola Cardona, nos hacía una paellita cada vez que íbamos a Valencia. Yo me sentía en familia con Lola". Cardona, una de las mejores amigas de María José Alfonso, falleció en 2006.

Como se puede imaginar, compaginar este tipo de trabajo con una vida familiar estable, era muy complicado. Al principio no existía ese problema, pero después sí se las tuvo que ingeniar para ser madre y actriz: "Alguna gira sí me pilló ya con mi primera hija. Me la traía y se pasaba conmigo unos cuantos días, o los fines de semana, y luego veníamos las dos a Madrid el domingo por la noche, y yo me volvía a la gira".

Tres el nacimiento de su segundo hijo ("tengo dos, y ya", sentencia), contó afortunadamente con los apoyos familiares necesarios para seguir cumpliendo con sus obligaciones profesionales sin desatender las familiares: "Para compaginar, tenía unos padres maravillosos, y un marido también maravilloso. Me ayudaban muchísimo. Así he podido ser madre y actriz".

Aunque reconoce que en algunos momentos de su carrera "he pasado menos tiempo con ellos que una madre que esté en casa todos los días", tiene muy claro que "yo no he desatendido a mis hijos. Les he llevado al dentista, al pediatra, les he contado cuentos en la cama...". Ninguno de ellos, por cierto, ha salido actor ni se ha dedicado a nada relacionado con el mundo del espectáculo: "A mí siempre me ha dado lo mismo que fuera astronauta, o actor. Sólo he querido que fueran felices".

UNA GRAN FAMILIA

Comedias costumbristas y entrañables. Situaciones plausibles y simpáticas, guiones chispeantes, directores sobrados de oficio, los mejores técnicos del momento, y un elenco de actores prodigiosos que obraban el milagro de combinar la gracia con la naturalidad, ya hicieran protagonistas o secundarios. La fórmula funcionaba casi siempre como un reloj. La productora echó a andar en 1962: Producciones Cinematográficas Pedro Masó.

Director, guionista y productor, la de Masó es una de esas carreras legendarias del cine español: había empezado a trabajar en el cine de botones, y acabó en lo más alto de la industria. Después de más de dos décadas trabajando en todo tipo de producciones, a principios de los 60 Masó tenía muy claro qué tipo de películas quería ver el público español. Y las hizo.

En el 62 se estrena *Vuelve San Valentín*, la continuación de la exitosa *El día de los enamorados*, que supone el casi debut, como se explicará después, de María José Alfonso en la gran pantalla. Pero el gran pelotazo se estrenará en las navidades de ese mismo año: *La gran familia*, dirigida por Fernando Palacios y producida por Pedro Masó.

"El otro día, me dijeron que la habían puesto otra vez. ¡Otra vez! Es una película casi de culto. Aún hoy voy a la compra y hay señoras que me preguntan si no la van a poner las próximas Navidades... ¡y yo que sé!". Fue, en su momento, un auténtico pelotazo en taquilla.

El reparto era muy similar al de *Vuelve San Valentín*: "Éramos como hermanos, el ambiente era estupendo". Un rodaje con muchos niños de distintas edades: "Era desastroso, jugaban todo el rato, hacían y deshacían... Pero Don José Isbert, aún así, se quedaba dormido en el plató, con todos los niños saltando y brincando alrededor", recuerda María José.

Aunque habitualmente se cita *Vuelve San Valentín* como su primera película, en realidad había debutado antes, aunque de forma testimonial, en un importante film de 1959 que abrió en España el camino del cine neorrealista: "Yo ni me acordaba, me lo dijo un

periodista hace tiempo: 'tu primera película no es Vuelve San Valentín: haces un cameo pequeñísimo en Los Golfos, de Saura'. Y sí, tenía razón. Pero vamos, que salgo sentada en una silla tomando una coca-cola...".

A partir de 1962, año precisamente del estreno de Vuelve San Valentín y La gran familia, el cine español entra de lleno en una nueva etapa. La España de los Planes de Desarrollo mira el futuro con optimismo. En estos años, accede al Ministerio de Información y Turismo Manuel Fraga, y a la Dirección General de Cinematografía y Teatro, José María García Escudero.

Fraga y Escudero aplican medidas proteccionistas, obligando por ley a exhibir y distribuir películas españolas mediante un sistema de cuotas que asegure la presencia en las carteleras de películas nacionales. Al mismo tiempo, se extienden las subvenciones para hacer cine, y se aprueban oficialmente unas Normas de Censura Cinematográfica, con las que se tratan de establecer baremos morales "objetivos" para la mutilación de películas, que sigue plenamente vigente.

En la década de los 60, el número de estrenos anuales de películas anuales prácticamente dobla al de los 50. Despuntan un buen puñado de jóvenes directores que marcarán en las décadas siguientes el devenir de la cinematografía nacional: Mario Camus, Manuel Summers, Miguel Picazo, Carlos Saura, Angelino Fons, José Luis Borau, Francisco Regueiro, Claudio Guerin, Pedro Olea, Víctor Erice...

María José Alfonso se convertirá en los 60 en una actriz habitual en producciones españolas, llegando a contar más de treinta y cinco películas en su filmografía. Papeles y películas de todo tipo, entre las que abundan las comedias. "En cine, quizás mi trampolín fuera La niña de luto, y también Con el viento solano". Se trata de dos películas de los 60 en las que asumió el papel protagonista, junto a Alfredo Landa y Antonio Gades, respectivamente.

El éxito de La gran familia motivó hasta tres secuelas, igualmente exitosas, en la que la historia continuaba siguiendo la evolución y crecimiento de los personajes: La familia y uno más (1965, de Palacios), La familia, bien, gracias (1979, de Masó) y La gran familia... 30 años después (1999, también de Masó). Todas con la misma concepción coral de la película, y con repetición de casi todo el reparto.

En el terreno personal, durante el rodaje de la original, "empezó me parece mi amistad con Paco Valladares". También con "Carlos Piñar, Maribel Martín" y tantos otros. "Éramos realmente como una familia. Como Masó ya no está, no habrá más películas, pero si siguiera con nosotros estoy segura que hubiera hecho otra, contando la historia de los bisnietos. Seguro".

EN PANTALLA GRANDE

La niña de luto (1964), dirigida por Manuel Summers, está considerada en la actualidad como una suerte de joya poco conocida de la cinematografía española. "Trata de una pobre desgraciada enclaustrada en su casa, siempre de luto. No se sabe al principio por qué es el luto, pero luego cuando por fin se lo quitan, se muere el abuelo. Luego el padre... Y a ella no la dejan ir al cine, no puede salir con el novio... al final el pobre Landa se va desesperado".

Efectivamente, la película, con un sorprendente tono humorístico (marca de la casa Summers) en el que se entremezclan costumbrismo y surrealismo, plantea la historia de una pareja (Landa y Alfonso) que, en la Baja Andalucía de los 60, no pueden dar continuidad a su noviazgo debido a la tradición que obliga al personaje de María José a guardar luto por sus familiares fallecidos. Un papel para cuya preparación María José se sirvió de algunas de sus vivencias adolescentes en Priego de Córdoba, como sabemos.

En 1966 se estrena Con el viento solano, la adaptación de Mario Camus de un cuento de Ignacio Aldecoa, que narra en tono realista la trágica historia de un gitano perseguido por la justicia, interpretado por Antonio Gades. María José Alfonso da vida a su abnegada y guapísima novia. "Es una película dura, que en cierto modo se adelantó a su tiempo. Se rodó en la meseta castellana, me parece que en Guadalajara, con un calor del demonio".

Un film realmente curioso, de tono casi documental, donde el paisaje adquiere un papel fundamental en la historia: "Ese polvo castellano le da a la película una densidad especial". La película estuvo nominada a la Palma de Oro en el festival de Cannes: "La vi hace poco y sigue siendo una película muy fresca, y también muy blanca, a pesar de lo cual fue bastante cortada por la censura".

"Trabajar con los Ozores era una fiesta: comodísimo y divertidísimo, lo cual no quiere decir que no se trabajara. Al contrario, se trabajaba mucho. Pero era una fiesta, lo mismo con Antonio que con Mariano". En su filmografía, María José cuenta con algunas colaboraciones con el prolífico clan Ozores, capaz de sacar adelante hasta cuatro películas

por año en sus mejores tiempos. Entre ellas, Manolo, la nuit (1973), ejemplo perfecto del cine de los hermanos.

Es el auge del landismo, ese subgénero de la comedia española de los 70 tan popular como denostado por la crítica y muchos sectores de la sociedad, que precede al no menos discutido (y también popular) cine del destape en los últimos 70.

Alfredo Landa, con quien María José ha compartido tantos buenos momentos desde que ambos se repartieran el protagonismo en la ya citada La niña de luto. Entre otros muchos trabajos conjuntos, protagonizaron treinta años después la comedia Por fin solos, de Antonio del Real, que se convertiría además en 1995 en serie de televisión.

Volviendo al landismo: "Cuando hacíamos esas películas, eran consideradas menores, pero ahora las ves y son frescas. Como si hicieses Arniches, o algo así, como muy de la calle... Muy populares", reflexiona María José, que se alegra de que en los últimos años haya una cierta reivindicación, aunque tímida, de aquel tipo de cine por parte de algunos cinéfilos: "La gente parece que se está dando cuenta de que a lo mejor no estaban tan mal".

María José relaciona el asunto con ese sanbenito algo indefinido que el cine español arrastra a sus espaldas desde hace décadas: "La gran pena es que siga habiendo mucha gente que descarta ir a ver una película porque sea española". En su opinión "los españoles somos muy de echarlo todo por tierra, no como los americanos, los franceses o los ingleses, para los que todo lo suyo es maravilloso. Aquí se piensa que lo nuestro es lo peor. Hay una manera de pensar muy extrema en general, que no está justificada".

Más de treinta y cinco películas, entre las que hay absolutamente de todo: dramas históricos como Dulcinea del Toboso o Genoveva de Brabante (ambas de 1964), comedias musicales como Cuando tú no estás (1966), con el mismísimo Raphael en plan guaperas, cine de aventuras en El zorro cabalga otra vez (1966), comedia negra en Duerme, duerme mi amor (1975), de Francisco Regueiro, por citar apenas unos pocos títulos.

Ya en tiempos más recientes, María José ha continuado encabezando repartos en producciones cinematográficas de todo tipo, destacando dos películas estrenadas en 2001: El cielo abierto, de Miguel Albadalejo con guión del director y Elvira Lindo, y Solo mía, de Jaime Balaguer, una de las primeras cintas en tratar abiertamente el tema de violencia machista en el cine español.

CAMBIO DE CANAL

"La televisión vendrá a sumarse al número de inventos que hacen la vida más complicada si se quiere, pero más interesante también". Esta curiosa profecía la publicaba en 1933 una nueva revista llamada Radio Televisión. Hablaba de un nuevo invento que sin embargo no llegaría a España hasta finales de los 50, extendiéndose por todos los hogares en los primeros 60.

TVE empezó sus emisiones en 1956. En 1964 se inauguraron los estudios de Prado del Rey, y en 1966 nace TVE 2 para emitir contenidos culturales o deportivos. Aunque hoy día, echando un vistazo a la programación de las cadenas, pueda sorprender, las retransmisiones de espectáculos teatrales constituían uno de los pilares fundamentales de la programación de la primera televisión en España.

Estudio 1, que llegó a TVE en 1965, fue el programa más longevo y aplaudido de los varios espacios que programaban espectáculos representados. María José Alfonso apareció con frecuencia en Estudio 1 durante dos décadas (se emitió ininterrumpidamente hasta 1985) y en otros programas similares que ofrecían representaciones televisadas: "Entré en televisión haciendo zarzuelas", recuerda.

"Hice muchísima televisión, teatro televisado. Se grababa en el Paseo de La Habana, en un sitio que era pequeñísimo. Nos metíamos sin darnos cuenta en el decorado de otra obra...". En este plató "se hicieron grandes teatros: la segunda cadena sobre todo, hizo cosas muy importantes. Algunos churros también, pero muchas cosas estupendas".

María José, que como sabemos no tiene preferencia por ningún tipo de espectáculo o género, considera que sus actuaciones en televisión fueron "un aprendizaje estupendo". Muy recordado es también su paso por el popular programa Escala en hi-fi, el primer espacio televisivo que incorporó la hasta entonces desconocida, al menos en España, técnica del playback.

"Hola, queridos amigos / de nuevo ante ustedes con una canción...". La fascinante cabecera yeyé del programa, que presentaron primero Pablo Sanz y luego Juan Erasmo

Mochi, daba paso a las actuaciones musicales propiamente dichas. La idea era sencilla, pero nueva en España: un actor interpretaba la canción en playback mientras a sus espaldas, o en una secuencia independiente, se desarrollaba la acción: una pequeña representación teatral relacionada con la letra de la canción.

El formato de Escala en hi-fi era innovador para la época (se emitió entre 1961 y 1967), pues lo que realmente se estaba emitiendo era lo que, dos décadas después, pasaría a ser uno de los géneros audiovisuales más desarrollados en todo el mundo: el videoclip.

En el reparto de Escala en hi-fi figuraban, además de María José Alfonso, María José Goyanes, Luis Varela, Concha Cuetos, Emiliano Redondo, Juan Pardo... Y también María Isabel Llaudes Santiago, Karina, que a partir del programa inició una exitosa carrera musical.

La propia María José Alfonso estuvo tentada de orientar su carrera en esta dirección: "En aquella época vino un señor a decirme que quería grabar un disco conmigo... Y yo lo que le dije es que primero tenía que aprender a cantar. Fui tonta, porque luego otros han aprendido a cantar sobre la marcha". Los espectadores que veían el programa, claro, no estaban aún familiarizados con la trampa del playback: "La gente me decía lo bien que cantaba, y como cuando les decía que quien cantaba no era yo no lo entendían, les acababa dando la razón".

María José, por lo demás, ha estado asomándose a la pantalla de televisión durante toda su carrera. Ha intervenido en numerosas películas para televisión y en un buen puñado de series populares, sobre todo a partir de los años 80: Platos Rotos, Por fin solos, Hostal Royal Manzanares, Ana y los siete, Planta 25 o Cita a Ciegas, que actualmente se emite en Cuatro.

Fuera de España, ha tenido también bastante trabajo durante algunos años. Rodajes, y también algunos montajes teatrales. Gracias a ello ha tenido la oportunidad de pasar temporadas en Miami, México D. F. o Buenos Aires. Particularmente en Miami: "Estuve con Marielena un año y pico. Fue una experiencia estupenda".

Marielena, el culebrón que mantuvo en vilo a principios de los 90 a los espectadores de medio mundo hispanohablante. Allí compartió reparto con numerosos actores cubanos: "Una maravilla de actores, en lo profesional y en lo personal. Casi todos exiliados". Su personaje era clave: la madre, española, de Marielena. "Nada más llegar, me tiñeron de morena: ¡que también hay españolas rubias!, les dije, pero no coló".

LA PEINETA, EN EL CAMERINO

"Soy conocidilla. La fama es otra cosa", afirma. Pero ser "conocidilla" tiene lo suyo también. Como que en el supermercado te pregunten de sopetón: "¡Ah, ¿pero usted también compra?!", a lo que lógicamente hay que responder: "¡Señora, en mi casa también comen!".

Su nivel de famoseo parece ser bastante llevadero: "La gente suele ser muy educada, así que me resulta muy agradable, y sí hace ilusión, no me molesta. Me preguntan mucho por qué no se hace teatro como antes, y claro, respondo que el trabajo está como está...".

No era oro todo lo que relucía: "No nos hemos hecho millonarios. Si acaso, el empresario". De hecho, la cosa es peor de lo que de primeras imaginábamos: "Lo de las jubilaciones de actores de mi generación es terrible. Salvo alguno con suerte, la mayoría se encuentran con que no ha cotizado. Cuando hiciste tal trabajo, el empresario te decía que sí, que claro, que te estaba cotizando... Pero no. Y ahora vete tú a buscarle".

Hablamos de "personas que han trabajado cuarenta, cincuenta años, y luego se encuentran con una jubilación terrible". María José Alfonso, en cualquier caso, no tiene intención de retirarse. Sigue activa. Al fin y al cabo, "los actores lo que tenemos es que podemos trabajar con la edad que sea". Personajes a interpretar, los hay de todas las edades. Ahora mismo, "lo que salga me interesa. Bueno, lo primero que salga, pero que me interese", matiza, haciendo sin querer un juego de palabras.

La crisis hace estragos en el gremio, como en tantos sectores. María José Alfonso está muy atenta al difícil panorama político y económico. Comenta, opina y se muestra crítica cuando salen a la palestra los principales temas de actualidad, aunque desde una perspectiva muy personal, que resume de esta manera: "Políticamente, yo soy de mi papá y de mi mamá".

Aprecia la evolución de la profesión en que ha desarrollado su carrera desde los quince años: "Ahora, como en todo, hay una forma distinta de trabajar, son otras formas de hacer". La televisión es quizás el medio en el que más le interesa trabajar actualmente: "Prefiero hacer más televisión por pura comodidad, por estar cerca de casa. Aunque la

verdad es que tampoco es tan cómodo realmente, la tele ahora se hace a una velocidad de vértigo”.

El teatro está en continua crisis, en tiempos en que la gente vive rodeada de pantallas. Considera sin embargo que “el teatro tradicionalmente ha sido el periódico del pueblo, aunque ya esa definición no es exacta. Pero no se puede acabar, es un ser vivo y se mantendrá vivo por los tiempos de los tiempos”, augura.

Tan vivo que algunas veces, sucede lo imprevisto, aunque el público habitualmente no se dé cuenta: “Me acuerdo una cosa que pasó en Blanca, un pueblo del País Vasco, en un teatro muy pequeñito. Montaron el decorado y dejaron un hueco, y en medio de la función me caí... al levantarme, le eché la culpa al alcalde, y así justifiqué la caída dentro de la obra”.

En otra ocasión “hacia una comedia de Alfonso Paso, con Paco Valladares, Charo Moreno, Paquito Cano... Yo hacía de madre soltera. Sacaba un niño a escena, que era un muñeco desarticulado. Los teatros habitualmente tienen un poco de inclinación, y aquel día Paco Valladares movió al niño en una escena, y se cayó cabeza abajo. Yo salí corriendo, lo cogí, y me metí entre bastidores. Me dio como un ataque de risa y de histeria a la vez”. Lo mejor fue que “luego teníamos una escena dramática, en que Paco tenía que decir ‘Ese niño es como mío’, y la tuvimos que hacer de espaldas, no nos podíamos ni mirar para no reírnos”.

El imprevisto, el gran enemigo del actor de teatro. “Pueden surgir y no pasa nada, la mayor parte de las veces la gente no se da cuenta. Ahora, que se gasten bromas en escena, eso nunca me ha gustado nada”. Algunas veces, las menos, el público sí es consciente de que algo ha sucedido. Pero en esos casos, puede también ser partícipe de la situación inesperada: “Una vez, con Julia Trujillo, Erasmo Pascual e Irene Gutiérrez Caba, no sé muy bien qué pasó, pero nos dio un ataque de risa. La gente se dio cuenta, y nos dieron un gran aplauso”.

En su apartamento lleno de libros, María José Alfonso revela finalmente el gran secreto de la actuación: “Codos, codos y codos. Trabajar con el director, aclimatarte a su forma de trabajar. Hablar, no discutir, opinar”. Un personaje, en teatro, en televisión, en cine, “es una construcción de todos, no del actor”.

Y, sobre todo, hay que saber “dejar la peineta en el camerino”. Porque los personajes, las películas, las obras de teatro, en fin, la actuación, engancha. Pero al final, todo se acaba con un aplauso, y uno sale del teatro y se va a su cama a dormir hasta el día siguiente. “En ese momento, yo siento un gran alivio, y lo que quiero es colgar el traje y venirme a casa”. A esa casa en la que los libros siempre estarán a salvo.

"CON TODOS USTEDES..."
María José Alfonso Mingo



Pies de foto

Foto 1: Con Antonio Gades en 'Con el viento solano'

Foto 2: Con Julia Gutiérrez Caba en 'Las tres gracias de la casa de enfrente'

Foto 3: Una escena de 'La Becerrada'

Foto 4: Retrato

Foto 5: Retrato

Foto 6: Con Lola Membrives y Paco Valladares en 'El río se entre en Sevilla'

Foto 7: Con Imperio Argentina, entre otros

Foto 8: Con Paco Valladares en 'Historia de un caballo'

"CON TODOS USTEDES..."

María José Alfonso Mingo



Cartel de 'La gran familia'

Postal promocional de 'La niña' de luto'



"CON TODOS USTEDES..."
María José Alfonso Mingo



"HACIA LA META..."

Rosario Sánchez García

MAYORES M AGNÍFICOS

"HACIA LA META..."

Rosario Sánchez García

1. Una noche fría y lluviosa
2. Un día precioso
3. La Toledana
4. El barrio
5. La aventura danesa
6. El refugio
7. 'En plena forma'
8. Vacaciones en El Vendrell
9. Carreras
10. Maratón
11. Fotografías

UNA NOCHE FRÍA Y LLUVIOSA

La noche más fría y lluviosa del invierno, en el barrio de Carabanchel Alto, en Madrid. El parque, apenas iluminado por alguna que otra farola, está completamente vacío. El camino, de tierra es su mayor parte, es un barrizal salpicado de charcos. El viento revuelve las hojas muertas que cubren el piso en pequeños tornados, y hace bailar de un lado a otro la gruesa capa de lluvia que esta noche castiga el barrio.

Desde un edificio cercano, alguien observa a través de la ventana de su domicilio el contorno grisáceo de los árboles, desdibujados bajo el manto de agua y la luz de las farolas. Desde la cálida tranquilidad del hogar, con la calefacción al máximo y tal vez una copa de vino en la mano, no hay nada mejor que contemplar el paisaje de la noche más desagradable de todo el año sabiendo que hasta mañana por la mañana no habrá que poner un pie en la calle.

De pronto, a lo lejos, una figura en movimiento. ¿Será posible? La figura se acerca, corriendo a toda velocidad entre la lluvia, y pasa como un rayo atravesando el campo de visión del perplejo ciudadano que está viendo la escena desde su guarida. El observador analiza unos segundos y deduce, confundido, que la enigmática figura, envuelta en un fino chubasquero, se parece mucho a la vecina de al lado. Esa señora bajita y risueña que, el otro día en el rellano, le estuvo hablando de sus no sé cuantos nietos.

Imposible. Y sin embargo... Si no fuera porque estamos hablando de una señora de cierta edad, abuela desde hace años, y porque a nadie en su sano juicio se le ocurriría hacer deporte en una noche como esta, casi podría jurar que en la noche más fría y lluviosa del año acaba de ver a su vecina jubilada corriendo como una gacela por el parque. Tal vez será mejor dejar como está la copa de vino, y poner un rato la tele.

No importa el tiempo, ni la hora. Entrena cuatro días a la semana: hora y media, unos 15 kilómetros por lo menos. Rosario Sánchez García, Charo, es, efectivamente, una abuela que corre maratones. Y carreras de medio fondo, pista, y cross. En realidad, no sólo las

corre: muy habitualmente, las gana. En los últimos diez años, se ha subido al podio en más de cuarenta ocasiones; en algunos casos, compitiendo con gente de su edad (categorías VFE o W-65), y en otros con gente mucho más joven (caso de carreras populares en las que no se respetan las categorías reglamentarias).

No hay más que echar un vistazo a la colección de medallas y trofeos que Charo guarda en su domicilio, para quedarse admirado del espíritu competitivo de esta mujer. Los muestra con orgullo, recordando las circunstancias y pormenores de las carreras en las que obtuvo cada uno de los trofeos. Una mujer que disfruta compitiendo, pero en cuyo impulso deportivo no hay sin embargo asomo de vanidad.

Su amor por el atletismo tiene menos que ver con la satisfacción de subir a un podio (al fin y al cabo, esto no es más que un acto simbólico), que con la búsqueda de un equilibrio físico y mental que, finalmente, la convierta en una persona más feliz. Correr es, según descubrió un buen día, una fuente de energía no sólo renovable, si no casi inagotable. Una energía que permite a Charo encarar cualquier reto que la vida le plantea con un espíritu de superación inquebrantable, que acabará por vencer las dificultades que a muchos otros harían desistir.

¿Qué se le podría resistir a esta mujer, que durante años ha sido capaz de salir a correr, hiciera el tiempo que hiciera, después de estar trabajando ocho horas, atender tareas domésticas y ejercer de madre, abuela y esposa? Ni siquiera una oposición, que preparó mientras hacía todo lo demás y aprobó a los cincuenta y ocho años. Precisamente lo logró gracias a esa energía que el deporte le proporciona, pues pese a no tener tiempo prácticamente para descansar, “sabía que si dejaba de correr, también iba a acabar dejando de estudiar”.

En una época en que se potencia a muchos niveles el envejecimiento activo de la población, y en la que tantas veces se ha escuchado aquello de que “el deporte no tiene edad”, resulta más apropiado que nunca profundizar en la singular personalidad y biografía de Charo Sánchez, un ejemplo de que el deporte, más que una afición o una profesión, es una forma de entender la vida que afecta a todas sus facetas.

Y también la demostración de que se puede salir a correr en la noche más fría y lluviosa del invierno, en Carabanchel Alto, cambiarse de ropa bajo la lluvia, y no sólo no coger una pulmonía, si no acabar sacando unas oposiciones.

UN DÍA PRECIOSO

El viajante detuvo la motocicleta y desanudó la cuerda que sujetaba su equipaje, una cuartada maleta de piel. Se frotó las manos, heladas bajo los guantes, pese a que aquella tarde de invierno no se veía ni una nube. Se sacudió el polvo del abrigo, retiró los periódicos que se había colocado en el pecho para protegerse del viento, se acomodó el sombrero, y se encaminó hacia la entrada de la fonda La Toledana. Llamó a la puerta con los nudillos, y la puerta se abrió sola al contacto con su mano derecha.

Entró tímidamente en la fonda, encontrando la recepción vacía, tenuemente iluminada por la luz de la tarde que filtraba una pequeña ventana. Murmuró un tímido “buenas tardes” que no obtuvo respuesta. Sin embargo, le pareció escuchar un murmullo que procedía del piso de arriba. A medida que se acercaba a la escalera, el ruido se iba haciendo más fuerte: varias voces ininteligibles se mezclaban con lo que le parecieron gritos desgarrados de una mujer. Desde el pie de la escalera, que quedaba en penumbra, se percibía el resplandor rosado de la tarde, que inundaba el piso de arriba.

Con el corazón en un puño y sin dejar de oír los gritos, empezó a subir los peldaños de madera. A medio camino, se hizo el silencio por un momento en el piso superior. El viajante detuvo entonces sus pasos, y contuvo la respiración. Notó cómo el cabello se le erizaba. Un segundo después, escuchó nítidamente un llanto estridente y prolongado, al que siguieron expresiones de alegría. Cuando por fin llegó arriba, totalmente desconcertado, no supo qué replicar al sonriente desconocido que le estrechaba la mano de forma efusiva: “¡Feliz San Valentín! ¡Acaba de nacer una niña guapísima!”.

“Yo nací en un día precioso”: así comienza Charo a relatar su vida. “El 14 de febrero de 1948, día de San Valentín. Aunque digan que es una celebración moderna, no es cierto, porque que yo recuerde, toda la vida ha sido el día de los enamorados...”. Nos situamos: una fonda, “que era algo como entre un hotel y una pensión, un tipo de alojamiento que ya no existe”, situada en Tarancón, pueblo manchego ubicado a medio camino entre Cuenca y Madrid. “Allí nací yo”.

En realidad Charo considera que nació en Tarancón ocasionalmente: "Mis raíces no están ahí, pues mis padres habían ido a vivir allí unos meses antes de nacer yo". Aclara que "aunque estuve en Tarancón hasta los doce años, teníamos casa en Madrid y estábamos a medias entre los dos sitios", pues "mi padre pasaba mucho tiempo allí, y mi hermano también estudiaba en la capital". Realmente, las raíces familiares hay que buscarlas en Torrijos, provincia de Toledo, donde nacieron el padre y la madre de Charo. Sin embargo, en Tarancón es donde se desarrolló su infancia.

La fonda La Toledana, en la que nació Charo, era el negocio familiar. Un negocio que en realidad había sido fundado unos años antes en otro lugar: Belchite, nombre eternamente asociado a la Guerra Civil española. En Belchite se vivió una intensa batalla en 1937, quedando esta localidad de la provincia de Zaragoza prácticamente destruida.

Tras la guerra, las autoridades decidieron dejar las ruinas tal cual estaban y construir, junto a la antigua localidad, una nueva, el Nuevo Belchite. Durante estos años en que se levantaba el nuevo pueblo, los padres de Charo abrieron, por circunstancias diversas, la fonda La Toledana en este lugar. Sin embargo tras lo que Charo denomina un "incidente que no viene al caso", en el que su padre se vio de alguna manera envuelto, aunque sin consecuencias mayores, finalmente decidieron trasladar la fonda a Tarancón.

El traslado a Tarancón tenía varias ventajas: además de continuar el negocio, este padre "autodidacta de toda la vida y con una vasta cultura", como lo define Charo, estaría más cerca de Madrid. "En Madrid estaban sus hermanos, y él mismo había vivido allí, era lo que le tiraba, pero por la guerra se había tenido que marchar".

Tarancón: en el cruce entre la autopista Madrid-Valencia (A-3) y la carretera Ocaña-Cuenca (A-40), es hoy día un pueblo de unos 15.000 habitantes considerado la capital de la comarca de La Mancha de Cuenca. Es conocido por sus procesiones y por sus fiestas patronales en honor a la Virgen de Riansares, razón por la cual la mayor de las hijas de Charo se llama Rian.

Poco más de un año después de nacer Charo, se produjo en Tarancón un grave incidente que su madre le relató: "En la noche del 26 de julio de 1949, explotó el polvorín. Murieron 30 personas, y hubo bastantes más heridos. Mi madre me contó cómo mi padre con una linterna fue a ver a sus hijos: yo, que estaba durmiendo en la cunita ni me desperté, y lo que es más sorprendente y milagroso: la cuna estaba toda inundada de cristales por estar cerca del balcón, pero yo no tenía ni un solo rasguño".

LA TOLEDANA

"Era una casa palacio con estancias para almacenes y establos, un patio con columnas... No tenía habitaciones como las de un hotel, todas iguales, si no que eran de distintos tamaños, y había algunas con chimenea francesa, de mármol". Recuerda que la casa "tenía un pozo, que a mí me daba miedo, porque durante la Guerra Civil habían tirado a alguien allí...".

La fonda de la niñez de Charo era un continuo trasiego: "Pasaban muchos viajeros, que iban en Vespa, y que recuerdo que se ponían papeles por dentro de la chaqueta para el frío, porque no había prendas térmicas. También pasaban artistas, como aquella cantante ciega, La Niña de la Puebla...". Los viajeros visitaban con regularidad Tarancón ofreciendo sus productos: "Volvían al tiempo, meses después, un año después... había uno que siempre que venía me cogía en brazos. Me contó que estuvo en la fonda el día en que yo nació. El señor García".

Los padres de Charo alquilaban el inmueble a los dueños, que también residían en el edificio. Convivían, en viviendas independientes, dos familias de seis miembros: "Ellos tenían cuatro niños, y nosotros éramos tres, así que imagina, siete niños en aquel edificio...".

La familia de Charo: los padres, los tres niños, y la abuela: "Vivía con nosotros en la fonda. La recuerdo vestida de negro. Con enaguas blancas. Y cómo la peinaban haciéndole un moño, tenía el pelo blanco amarillento. Y estaba gruesa, tanto que una vez se sentó en una butaca donde estaba durmiendo el gato, lo aplastó y no se enteró. Pensaría que era el cojín que estaba bien mullido".

La abuela era muy aficionada a ciertas secciones del periódico: "El Abc nos lo servía a diario el cartero, antes de comer. Y mi abuela, que ya no debía ver bien, me decía que le leyera las esquelas. Tal costumbre tomé, que no se me resiste ninguna. Esquela que veo, no puedo dejar de leerla", explica Charo.

Recuerda también que "tenía demencia senil, y nos llamaba a mí y a mis hermanos por cualquier nombre. Sobre todo por el de sus dos hijos fallecidos. Eso sí, cambiaba el sexo,

por lo cual yo atendía por Justita o Leoncita, igual que por Rosarito. Sentí mucho cuando se murió. Mi tío Paco nos dio la noticia en la habitación de mi hermano y los tres nos pusimos a llorar al unísono”.

En cuanto a la familia con la que la suya convivía, Charo guarda muchos recuerdos: “La mayor de ellas era mi madrina”. Vivían en una casa independiente, y Charo y los suyos, en la fonda: “Mis hermanos y yo teníamos nuestras habitaciones, pero si, por ejemplo, en las fiestas se llenaba, nos íbamos todos a la habitación de mis padres a dormir en colchones en el suelo”.

Charo vivió en la fonda de Tarancón hasta los doce años, entre 1948 y 1960. Había pasado lo peor de la posguerra, pero en los 50 la situación económica seguía siendo complicada. Sin embargo, Charo recuerda que “para aquella época vivíamos bien. Me acuerdo por ejemplo de que si había un melón y no me gustaba, lo dejaba y abría otro. Y en alimentación, teníamos de todo. Había neveras, sólo en verano claro, y casi a diario venía el hielero a llenarlas...”.

Ese vivir bien para la época implicaba también tener servicio doméstico: “Teníamos criadas, claro. Algo que actualmente está muy mal visto, pero entonces era normal. Y la palabra no era despectiva para nada. Ahora si alguien te ayuda en casa se dice asistente, pero entonces eran criadas. Yo cuando me acuerdo de ellas, digo ‘mis criadas’, y lo hago con todo el amor del mundo”.

La Toledana estaba a la última en nuevas tecnologías: “La fonda la llevaba mi madre, y mi padre con mi tío y otros tenía una pequeña fábrica-taller de radios. Por eso en seguida tuvimos televisor, por ejemplo. En España se popularizó en los sesenta, pero nosotros antes ya teníamos”.

Además, “teníamos teléfono en casa de siempre, lo que no era muy habitual”. Charo no ha olvidado el número de la fonda, el 129. La casa se calentaba con estufas de orujo: “Oí una vez que era un sistema muy ecológico, ya que el orujo se hace con hueso de aceituna. Había una carbonera llena de orujo, me encantaba ir a verlo y olerlo...”. Las estufas estaban “en el comedor, en la galería...”, pero no en las habitaciones: “En pleno invierno, las jarras de agua se helaban. Sin embargo, no recuerdo pasar nada de frío”.

Charo guarda una anécdota curiosa relacionada con la radio: “A mí siempre me ha gustado la música del momento, y recuerdo que entonces, antes de que llegaran los Beatles (de los que luego he sido fan), estaba el Dúo Dinámico. Mari, la hija de los dueños, venía a casa y escuchábamos la radio. Luego se iba a su casa, y claro, también quería escuchar el Dúo Dinámico. Recuerdo que una vez voy a su casa, tendríamos nueve o diez años, y me la encuentro pegándole con la escoba al aparato de radio. Y me dice: ‘¡aquí no salen, sólo salen en tu radio!. No sabía que la radio había que sintonizarla...’”.

EL BARRIO

Madrid, 1960: la capital de España, una vez superada la posguerra, se ha expandido de forma fabulosa, multiplicando por diez su extensión (de 66 kilómetros ha cuadrados pasó a 607 durante los primeros 50). Ha surgido un nuevo Madrid, el de los barrios. En Hortaleza, Canillejas, Fuencarral, Vallecas o Villaverde, se alzan bloques de viviendas para alojar a los emigrantes que vienen de todas partes del país a trabajar en la pujante industria madrileña.

En 1960, España vive los albores de lo que se llamará milagro económico, que la llevará pronto a ser el segundo país con mayor tasa de crecimiento de todo el mundo. Este extraordinario giro se producirá en base a las políticas económicas desarrollistas impulsadas por el grupo de tecnócratas que ahora dirige los rumbos de la economía nacional. Los años de la escasez y la autarquía han quedado definitivamente atrás.

En este contexto, tenemos a la familia Sánchez García estableciéndose definitivamente (como sabemos mantenían vínculos familiares y laborales con la capital desde mucho antes) en Madrid. Los padres de Charo han comprado una vivienda en la Ciudad de los Ángeles, zona del distrito de Villaverde junto a la carretera de Andalucía. Se trata de uno de estos barrios que se han ido levantando durante la década de los 50 para alojar a inmigrantes venidos principalmente de Andalucía y Extremadura.

Para Charo, que tenía doce años entonces, el cambio no resultó del todo fácil: “Recuerdo que lo pasé mal al principio, mis amigas estaban en Tarancón y me costó adaptarme”. Pasar de vivir en la casa palacio que alojaba la fonda a un piso de barrio modificó, lógicamente, el modo de vida de la familia: “En la fonda convivíamos con los clientes. Para comer había una zona para la familia, pero siempre había gente entrando y saliendo... la fonda siempre estaba abierta, y recuerdo que cuando vinimos a Madrid me extrañó mucho que estuviéramos sólo nosotros. Nos habíamos acostumbrado a convivir con los clientes”.

Zarzuelas, operetas, pasodobles: más castizo imposible. La Ciudad de los Ángeles tiene como curiosidad que muchas de las calles del barrio llevan por nombre títulos de obras

populares del género chico, especialmente zarzuelas. Pan y Toros, a la que cortan La del Soto del Parral, La verbena de La Paloma y Los Bohemios, es una de ellas: "Estábamos en el bloque 38. Era una casa de tres habitaciones y dos baños, con terraza y despensa. Todas las casas eran iguales en el bloque", subraya Charo, quizás por oposición a la heterogeneidad de la fonda, donde cada sala era distinta a las demás.

Hablando del Villaverde de los años 60, de todas formas, tampoco hay que pensar en una gran ciudad: "La Ciudad de los Ángeles llevaba unos pocos años construida". Tras superar las dificultades iniciales por el cambio de casa, Charo recuerda que "me hice mi pandilla de amigas, y me eché mi primer noviete, con el que nos dábamos la mano, y también los primeros besos...".

Cuando hacía buen tiempo "íbamos mucho al Manzanares, que estaba muy cerca, atravesando por donde luego construyeron un centro comercial", mientras que en invierno "cuando nevaba recuerdo que se formaba una rampa de hielo en la calle, y los chavales bajaban a lanzarse por ella". Tiempos en los que los "se estaba todo el día en la calle", siempre que se respetara la regla de oro: "comer, había que comer en casa, y a las diez de la noche estar de vuelta".

Atrás había quedado definitivamente la fonda de Tarancón, que cerró para siempre: "Mi madre fue ama de casa desde entonces. Mi padre, no sé muy bien por qué, se metió en el negocio de la joyería y la relojería". Este negocio ya lo había iniciado su padre desde Tarancón, pero "básicamente, se cansó de ir y venir", pues durante un par de años "iba a menudo en autobús a Madrid". El autobús, por cierto, "le dejaba en la entrada a la Ciudad, en un bar que se llamaba 'Aquí me quedo'".

Los padres de Charo ya tenían más de cincuenta años ("me tuvieron con casi cuarenta, muy mayores para la época"), y ya en Madrid "mi padre creo que no tenía ganas de poner un negocio, así que se dedicaba a proveerse de joyas y relojes, y los iba vendiendo en las fábricas". "Vendía el género a plazos, y a eso se dedicó durante veinte años. No tenía local". Aquel negocio era "cómodo, porque mi padre jamás ha madrugado. Él era muy de toros, de vermú, de cafecito por las tardes... y también leía mucho, su periódico y sus libros. Llevaba bien sus cuentas, tenía las fichas de cada pieza que vendía, que aún conservo... Y así vivíamos".

LA AVENTURA DANESA

"En aquella época no se viajaba fuera de España, de hecho mis padres no habían salido nunca fuera del país. Pero yo empecé a viajar con diecisiete años". Mediados los años 60, Charo tendrá la rara oportunidad de viajar lejos de España durante tres meses, trabajando de au-pair en Dinamarca. Una experiencia que hoy día para muchos adolescentes puede ser relativamente común, pero que para aquellos tiempos era una fabulosa aventura, y más para una chica que aún no había alcanzado mayoría de edad.

La posibilidad de hacer aquel viaje requiere una explicación acerca de ciertas contradicciones de aquella época, que enlaza con la situación familiar de Charo y sus hermanos: "Mi hermano estudiaba Ingeniería de Caminos, que era el no va más. Era una carrera para los más inteligentes y trabajadores, y era costosa". Con el hijo varón encaminado hacia la cumbre laboral, Charo y su hermana Mercedes debían conformarse con "adquirir el Don al casarse", que es lo que se decía entonces. "Se estudiaba, pero más para entretenernos que para otra cosa".

Una filosofía evidentemente machista que Charo trata de contextualizar y juzgar de acuerdo a las circunstancias de entonces: "En aquella época nos parecía bien aquello... Ya estando casada, por ejemplo a mi marido yo no le preparaba el desayuno, de hecho he sido combativa con este tema, pero en cambio a mi hermano, en aquel entonces, si le hacía un colacao si me lo pedía... y conste que no lo digo con acritud, y de hecho él a mí y a mi hermana nos adoraba y se portaba fenomenal con nosotras, pero quiero decir, que me había acostumbrado a eso". Según lo ve Charo hoy día, "ensalzar el pasado no tiene sentido, pero tampoco pensar que entonces estaba todo fatal...". "Teníamos lo que habíamos, y con eso intentábamos ser felices", concluye.

Esta digresión sobre el espíritu de aquellos años viene a cuento porque "cuando acabé Secretariado, mi hermano apoyó para que me fuera al extranjero a practicar inglés". Poco antes, "mi hermano había querido ir a Egipto. Fue cuando se construyó la presa de Asuán y trajeron a Madrid el templo de Debod", pero "mis padres no le dejaron ir". Así que gracias a la presión del hermano, los padres finalmente accedieron a que la pequeña emprendiera un largo viaje: "Tenía un primo que trabajaba en Información y Turismo en Dinamarca, y allí me fui, tres meses".

Aquel viaje, ya se ha dicho, era una gran aventura entonces: "Para mí fue una experiencia realmente impresionante, porque fui sola. Mis padres me llevaron en el seiscientos a Caldetas [provincia de Barcelona]. El seiscientos se paraba cada dos por tres, tardamos como tres días en llegar. Allí, cogí un autobús que me llevó a Copenhague. Tardó otros tres días. Paramos en París, donde recuerdo que un hombre me dio la mano y me dijo que me fuera con él... Era muy atrevido para aquella época hacer un viaje así, sola".

En Copenhague, la bella y ordenada capital de Dinamarca, "estuve cuidando a un niño, en una familia mayor que tenía dos hijas de mi edad, además del pequeño". Charo se sentía una más de la familia, aunque "con ellos hablaba en inglés. Aprendí danés mínimamente, y el niño aprendió un poquito de español... Fue una experiencia muy bonita", en la que tuvo oportunidad de visitar, con su familia adoptiva, Suecia y Jutlandia, la región peninsular de Dinamarca que está unida al continente europeo, haciendo frontera con Alemania.

Aquella aventura inolvidable se cerró con un complicado viaje de vuelta a España: "No había autobús directo para la vuelta, así que tuve que volver por mi cuenta. De nuevo pasé por París, y allí cambié de tren para ir a Hendaya... Recuerdo que tenía tanto sueño que me dormía en los trenes, o estaciones, y que al llegar a casa me pasé dos o tres días durmiendo".

Tras el viaje, y una vez terminados sus estudios, Charo empezó a trabajar en Kynos, una filial de la empresa Agroman. Obtuvo el puesto de trabajo de manera curiosa, en parte gracias a un malentendido: "Hice una entrevista para un despacho de abogados y también para Kynos. Los del despacho me dijeron que me llamarían. Y lo hicieron, pero mi madre cogió el recado, quizás yo me lié, y me presenté en la otra empresa. Ellos me decían que no me habían llamado, y yo insistía en que sí... finalmente entré allí a trabajar". Además de ganarse la vida, Charo conoció en aquella a empresa a su futuro marido.

"Él era perito industrial, posteriormente ingeniero técnico industrial. Llevaba desde los doce años trabajando, primero de aprendiz, luego de maestro industrial... siempre estaba trabajando y estudiando a la vez". Charo y Luis estuvieron saliendo unos dos años, y "en el año 70 nos casamos y, por un tiempo, nos fuimos a vivir a Palencia, donde nacieron nuestras tres hijas". Una relación que en un principio se antojaba compleja debido a la diferencia de edad entre ambos y a otras circunstancias, por lo que "nadie daba un duro por esa relación". Aquellos malos augurios no pudieron ser más desacertados: "El caso es que llevamos cuarenta y cuatro años casados".

EL REFUGIO

Pronto nacieron, seguidas sus tres hijas, Rian, Ana y Charo hija. Charo, por algún tiempo, dejó de trabajar: "También era normal, si el marido podía mantener económicamente la casa, la mujer no trabajaba". Unos siete años después, volvió al mercado laboral y tuvo oportunidad de emplearse, al principio como secretaria, en una fundación que desarrollaba un importante trabajo en un ámbito social que entonces no tenía demasiada visibilidad. Con los años, se ha convertido en uno de los problemas sociales de mayor impacto en España: la atención a mujeres maltratadas.

"Yo entré ahí de secretaria, pero luego por conocimiento del tema, fui directora de la primera casa-refugio para mujeres maltratadas". Aquel organismo, que en los primeros 80 era pionero en el tratamiento de esta problemática, era la Fundación Solidaridad Democrática. La casa-refugio que Charo dirigió durante más de una década fue la primera en constituirse en todo el país. "Ahora se habla tanto de este tema..." suspira Charo.

"La Casa Refugio se creó sobre el año 1984. Ésta y los pisos tutelados estaban dentro del Programa de Atención a la Marginación de la Mujer. Éramos un equipo de profesionales: abogadas, psicólogas, asistentes sociales, etc., todas mujeres. Se proporcionaba asistencia social, psicológica y jurídica". El refugio que Charo dirigía "era una casa secreta, claro. Había un centro de atención primaria a la marginalidad de la mujer en el Paseo de las Delicias, y según la problemática de quienes acudían, venían o no a la Casa. Accedían mujeres de toda España, porque no había más en todo el país".

Las mujeres que vivían en la Casa habitualmente "no tenían ningún tipo de recursos, y el maltrato en este estatus social se veía más, aunque maltrato lo detectábamos en todas las clases sociales". Estaban en el centro "entre tres y seis meses". Después "se abrieron pisos tutelados que alquilaban entre varias mujeres". Si tenían hijos, "se les escolarizaba en el colegio del barrio".

El trabajo de la fundación no era sólo la gestión práctica del refugio: "Éramos un equipo de personas muy sensibilizadas con este tema, y hacíamos trabajo creo que bueno, y también en cierto modo, bonito. Los médicos del Centro de Salud del barrio venían a la

Casa. Igualmente, se les proporcionaba atención psicológica para ellas y para sus hijos, algunas nociones de derecho y las ayudábamos a buscar trabajo”.

Aquel trabajo, lógicamente, enfrentó a Charo con situaciones intolerables, que la dejaron marcada: “En aquella época acudí a entrevistas en medios de comunicaciones con mujeres acogidas, y hubo una a la que desgraciadamente la mató el marido. Una mujer majísima, modista, de Alcorcón. Pasó una temporada en la casa, y después fue asesinada. Aquello me causó mucho impacto”.

Lo traumático de las situaciones a la que las trabajadoras de la fundación se enfrentaban de manera habitual, suponía un riesgo para la calidad del trabajo: “Asistí a unos cursos en Barcelona, y estuve de acuerdo con algo de lo que se dijo: no puedes estar muchos años trabajando con colectivos muy deteriorados, porque de alguna manera te acabas inmunizando, insensibilizando. Por eso estaba bien tener también atención psicológica en el equipo, así podíamos no implicarnos tanto con cada caso, y por tanto no acabar inmunizándonos”.

Ni insensibilizarse, ni implicarse demasiado: “Se trata de ayudar, pero no de ponerte en su piel, porque entonces no ayudas. Hubo casos de trabajadoras que eran muy sensibles a ciertos temas, y su trabajo por ello no funcionaba. O por poner otro ejemplo: se daban casos de abortos; si una trabajadora estaba en contra del aborto, el tema le afectaba directamente, y por tanto no podía trabajar allí”. Después de aquellos primeros años, en que la Casa Refugio fue pionera, “se creó una confederación de casas en toda España”. La que dirigió Charo finalmente cerró sus puertas, pero muchas otras habían abierto ya en todo el país.

Lejos de abandonar el ámbito del trabajo social con mujeres con riesgo o situación de exclusión, Charo siguió implicada en la gestión de pisos tutelados con una asociación de mujeres. Posteriormente, continuó su carrera haciendo otro tipo de trabajo: “Gracias a una subvención de la Unión Europea, estuve dando cursos de Nivelación Cultural y de Técnicas de Búsqueda de Empleo en algunos pueblos de Extremadura y Castilla La Mancha, además de en cárceles de mujeres”. Un trabajo que “fue muy gratificante”. Eran cursos “digamos de cultura general: había mujeres que no podían acceder a cursos de preparación profesional porque sus conocimientos eran muy básicos”.

La profesora Charo no se arrugaba fácilmente: “Cuando estaba en la cárcel, recuerdo a una mujer, enferma de SIDA, que me vino diciendo: ‘mira qué herida tengo’, y me puso la mano delante. Yo ya necesitaba gafas de cerca y no la veía bien, así que se la retiré un poco. Ella se creyó que me daba aversión y me dijo: ‘¡Que no te voy a pegar nada!’, y yo: ‘¡Ya, ya, pero es que si no te retiro la mano, no la veo!’”. Rememorando aquellos años, sonríe al recordar cómo la definió otra de sus alumnas: “Me gusta la Charo porque hasta que no aprendo no me deja en paz”.

‘EN PLENA FORMA’

-Los de deporte están en aquella estantería.

Ojeó unos cuantos volúmenes, hasta que la portada de uno de ellos le llamó la atención. Parecía un libro de texto. En la portada había tres ilustraciones, que representaban a una mujer pelirroja, con media melena y flequillo (un poco a lo Cleopatra) en bañador deportivo, haciendo distintos ejercicios gimnásticos, sobre fondo negro. En el centro, una franja blanca sobre la que estaba impreso el título en letras oscuras muy cuadradas: En plena forma. Gimnasia Femenina. Editado por Argos, 1969.

El autor era un tal William Hillcourt, con prólogo de Juan Antonio Samaranch. Echó un vistazo a las páginas interiores: junto al texto, nuevas ilustraciones en las que la mujer pelirroja de la portada practica decenas de ejercicios. Cada ilustración muestra una postura de la mujer, superpuesta a su silueta, esquematizada en color azul, en la posición anterior o siguiente, sugiriendo de esta manera el movimiento a ejecutar. Parecía un libro muy didáctico, y tampoco era caro.

-Me voy a llevar éste.

“Creo que el autor es alemán”. Charo muestra el libro, un tanto desvencijado por el paso de los años. “Lo compré, me parece, en 1976”. La portada está algo descolorida, pero el volumen sigue de una pieza gracias a que una amiga se lo reencuadró hace unos años. Eso sí, sus hijas pintarrajearon muchas de las páginas en algún momento de descuido, al poco de comprarlo. “Lo conservo como una verdadera reliquia”. No es para menos: “Desde entonces, ni un solo día he dejado de hacer estos ejercicios”. Charo recalca la frase “ni un solo día”: “Durante treinta y ocho años, todos los días hago entre diez y quince minutos de gimnasia, al levantarme”.

Hasta entonces (tenía 28 años cuando lo compró), Charo apenas había tenido contacto con el deporte más allá del que se practicaba en la escuela, o como divertimento de cualquier niña o adolescente. En un escrito que Charo ha titulado Mi vida atlética,

hace un breve y divertido repaso de su relación con el deporte a lo largo de toda su vida. El texto lo inicia de la siguiente manera: "Yo de pequeña era gordita, no como los gordos de ahora, si no que era una gordita normal".

En el momento en que compró su particular biblia gimnástica, Charo había tenido ya a sus tres hijas, que nacieron de forma consecutiva, "no dando al cuerpo tiempo suficiente para recuperarse". Con la maternidad, "yo, que ya era gordita de siempre, engordé como veinte kilos". En este punto es donde se dijo que "debía hacer algo". Ese algo fue comprar el volumen de Hillcourt.

De su infancia y adolescencia, Charo recuerda algunas anécdotas que sugieren su especial facilidad para la práctica del deporte. En la fonda de Tarancón aprendió a montar en bicicleta de forma autodidacta: "En el patio de la casa frecuentemente había bicicletas de hombre apoyadas en la pared. Pues bien, con unos siete u ocho años yo intentaba mantenerme encima de ellas, por supuesto apoyada en la pared". De alguna manera, a base de practicar ("le ponía muchísima voluntad"), "un buen día ya sabía montar en bici, no sé cómo". A nadar también recuerda haber aprendido sola. En verano, iba habitualmente a la piscina Marbella, en la Plaza Elíptica, y a las piscinas de Hermanidades, en Usera. Estas últimas "eran las únicas piscinas en las que no pasaba nada por ir con amigas adolescentes, solas, ya que estaban separadas por sexos".

En sus antecedentes deportivos, Charo destaca también la práctica de la asignatura de gimnasia ("una de las marías") en el bachillerato, a cargo de "una amable señorita del Frente de Juventudes", que dirigía aquellas clases de gimnasia en que las niñas vestían pololos azul marino. En el colegio también se jugaba al rescate. Charo "corría poco" pero "era prudente y gozaba del aprecio de las líderes". Así, a la hora de formar los equipos para el juego, "tengo el honor de decir que me elegían la primera de las últimas (o sea, la primera de las malas)".

Repasando todo aquello, y viéndolo con la perspectiva de una mujer que ha convertido el atletismo en su gran pasión, Charo considera que "mi vida atlética empezó ahí. Con ocho años, sabía montar en bici, y con catorce sabía nadar. Y nadie me había enseñado ninguna de las dos cosas". Su, podríamos decir, ciclo de iniciación deportiva, se completó definitivamente en una ocasión en principio poco propicia para aficionarse al deporte: unas vacaciones familiares en la playa.

VACACIONES EN EL VENDRELL

Greg coincide, en este caso, con el tópico: los ingleses quieren sol y playa, por más que en seguida se pongan como un cangrejo. Así que nada de norte: o sur, o levante. Más o menos así le dijo su hija Rian por teléfono desde Southampton. Aquel verano, Rian y Greg, junto a su hijo Miguel, pasarían sus vacaciones en España con Charo y Luis. "Mamá, vete al Corte Inglés y coge un hotel de playa; en cualquier sitio, pero que no sea norte. Ah, y que tenga fitness".

"De momento, yo le dije '¿y eso del fitness qué es?', y ella ya me explicó que había hoteles con gimnasia y actividades deportivas". Rian, la hija mayor de Charo, hacía deporte a menudo en Inglaterra, lo mismo que su marido. Así que el fitness se puso como condición irrenunciable a la hora de contratar el alojamiento. Aquellas vacaciones de 1997, Charo y su familia las pasaron en El Vendrell, pueblo costero de la provincia de Tarragona.

El hotel, en la misma playa, ofrecía todo tipo de actividades: "había clases de tenis, aqua gym, bicicleta de montaña... hacían rutas en bici con guía, y una de ellas fui con mi yerno". Los quince días pasaron rápidamente entre tanto estímulo deportivo.

Charo salió a correr, por vez primera, con su hija: "Cuando volvimos de El Vendrell, mi hija me dijo: 'mamá, si tú estás muy bien, ¿por qué no corres?'. Al término de las vacaciones, 'ella volvió a Inglaterra, y yo no me veía corriendo sola'. Pese a tener ganas, 'no conocía nadie que lo hiciera, y menos de mi edad, próxima a cumplir 50 años'".

Tras unos meses de dudas Charo, entonces fumadora, se decidió. Lo hizo el último día de aquel año. Dejó preparada y organizada la cena de Nochevieja, se calzó sus bambas y se plantó en la calle Serrano, punto de salida de la San Silvestre Vallecana, la carrera popular más multitudinaria de España.

Celebrada por vez primera en 1964, aunque fuera más adelante cuando se convirtiera en carrera popular, este evento deportivo es una carrera de diez kilómetros que recorre algunas avenidas emblemáticas del centro de Madrid y del barrio de Vallecas, donde culmina.

El primer año que Charo la corrió hubo "6.500 corredores, y pudo dar fe de que la mayoría eran hombres". En sus últimas ediciones, la San Silvestre Vallecana ha llegado a reunir casi 40.000 personas y se ha convertido en un evento internacional, que combina su carácter de carrera popular tradicional con la exigencia deportiva para atletas profesionales. Charo recuerda aún el tiempo que hizo en su primera carrera: "Hice una hora y seis minutos, y me quedé muy bien". Después, ha corrido esta prueba muchas veces, sola o acompañada de sus hijas.

Tras correr la San Silvestre, Charo definitivamente se enganchó a correr, según la expresión que ella misma utiliza. "Como me daba vergüenza hacerlo sola, tan mayor y siendo mujer, me apunté al club Akiles".

Se trata de un histórico club deportivo, fundado en 1963, del que "tuve noticia en la cola del supermercado, oyendo a dos señoras que hablaban de que el marido de una de ellas corría, y estaba apuntado a este club". El lugar de entrenamiento del Akiles es en la Casa de Campo de Madrid, donde Charo acude, desde aquel momento, todos los fines de semana en que no tiene carrera.

Una de las primeras consecuencias de pertenecer al club fue que Charo dejó de fumar: "Lo adiviné el que ahora es el entrenador del club, y me avisó de que debía dejarlo. Al principio me resistía, pero después le hice caso. Al entrenador y también a mi cuerpo, que me estaba pidiendo dejar de fumar".

Más de una década después, Charo sigue entrenando en el club Akiles. Sus éxitos deportivos y su constancia atlética ante el paso de los años la han convertido en "un valor" para el club, que la apoya de manera especial abonando su ficha en la federación madrileña.

Es el propio club el que le propone participar en tal o cual carrera. "De mi edad no hay muchas mujeres a este nivel. Hombres sí hay muchos más, pero mujeres, realmente muy pocas. Tengo una compañera de sesenta y dos que hace cosas impresionantes... pero lo cierto es que de sesenta y cinco para arriba, somos muy pocas".

CARRERAS

Charo compaginó durante muchos años su trabajo y la atención familiar con sus estudios en la Universidad: "No sabía si hacer Pedagogía o Psicología, y al final me decidí por la primera. Tardé diez años en hacer una carrera de cinco, ya que solía coger dos o tres asignaturas por año. Para cuando acabé el trabajo de los cursos, ya era licenciada".

Entonces decidió cambiar de rumbo laboral. Sus trabajos anteriores "dependían siempre de las subvenciones, y por lo tanto eran inestables. Luego estaba otro tema: por ejemplo, en la Casa Refugio te podían llamar a casa a las once de la noche un domingo, y de repente tenías que llamar a la policía e irte para allá... era muy absorbente y mal remunerado". Así pues, ya licenciada y con amplia experiencia, logró un empleo en la Secretaría de la facultad de Ciencias de la Información, en la Universidad Complutense de Madrid. Un trabajo que en aquel momento era "un placer: de nueve a tres, y a casa".

En la última etapa de su vida laboral, Charo se lanzó nada menos que a estudiar una oposición: "En la universidad me di cuenta de que se podían hacer las oposiciones, y me puse a ello". No le importó disponer ya de pocos años de vida laboral si sacaba la plaza fija, ni tampoco no obtener la nota necesaria en su primer intento. Gracias a su constancia habitual, logró la nota necesaria (más de un ocho) en el examen teórico de la segunda convocatoria a la que se presentó. En el práctico, sin embargo, suspendió: "Me enteré un sábado recogiendo el dorsal de la Media Maratón de Madrid. Al día siguiente la corrí llorando. Cuando llegué a la meta, seguía llorando".

Sin embargo, en seguida se rehízo y decidió reclamar, ya que aquel suspenso, a tenor de su sensación tras el examen, "no me parecía lógico". Al final, había existido efectivamente un error en la corrección: "De las treinta personas que habían reclamado, sólo a nueve nos modificaron la nota, y sólo yo acabé obteniendo la plaza". Lo había logrado: "Saqué la oposición con cincuenta y ocho años. Hubo quien me criticó por presentarme tan mayor, pero yo pienso que tenía el mismo derecho que alguien mucho más joven. Realmente, yo me lo había currado". Charo obtuvo "el número 33 de los ciento diez que presentamos. Entonces ya llevaba años trabajando en asuntos económicos de la facultad de Ciencias Empresariales de la UCM. Igualmente, hubo compañeros que me alentaron y ayudaron mucho".

Un éxito estrechamente relacionado con su "vida atlética", según la terminología de la propia Charo. La clave estaba, ya lo sabemos, en aprovechar la energía que el deporte le proporcionaba. En los tiempos en que estudiaba la oposición sufrió uno de los pocos percances que ha tenido corriendo: "Me caí y me rompí un diente. Mis hijas me echaron una bronca... Me decían que no entrenara. Pero yo me daba cuenta de que si no entrenaba, no sería capaz de hacer las oposiciones". La conclusión: "Correr me ha dado mucha energía, me ha hecho sentirme más fuerte y jovial. Tenía que correr, y después, estudiar".

Desde luego, para el atletismo, pero también para otros muchos aspectos de la vida: "Hay que tener mucha fuerza de voluntad, no dejar nunca de entrenar". A Charo le gusta repetir que no se trata de tener pereza, lo cual es imposible, si no de ser capaz de vencerla: "Había días que me levantaba a las 6.45 para ir a trabajar, y volvía a casa a las 18.30... o sea que imagínate la pereza, en un día de invierno, lloviendo o nevando, o en verano, a cuarenta grados...".

Todo esto ha cambiado, al menos parcialmente, con la jubilación. Desde que Charo se jubiló de su trabajo en la Universidad "no paro, debe ser una condición de mi vida o la energía que me da el atletismo".

En la actualidad "estudio inglés, estoy ahora en sexto de la Escuela Oficial de Idiomas, con lo que voy a clase dos o tres días a la semana, también me reúno con amigas quincenalmente para hablar inglés, voy al cine a y los entrenamientos, claro". Además de "cuidar o visitar a mis maravillosos nietos: ahora tengo seis pero en noviembre va a nacer el séptimo. También tengo una bisnieta inglesa".

"Entreno cuatro días a la semana. Una hora u hora y media de entrenamiento neto, pero entre que voy y vuelvo a casa, y los estiramientos, mínimo son dos horas y media". Esta es una rutina que nunca falla: "Me dan igual las inclemencias del tiempo o donde esté". Cuando emprende algún viaje en avión, "llevo mis zapatillas Nike Pegasus 29 siempre en mano. Si se extraviara la maleta podría comprar otras, pero como corro con plantillas, éstas no las puedo reemplazar".

Uno de los lemas de Charo es que "el peor entrenamiento es mejor que no hacer nada". Sus entrenamientos los planifica, mensualmente, el entrenador del club: "Farlek, series, cuerdas y rodajes cortos o largos. Confieso que la tarea propiamente dicha no la hago siempre, por diversas causas. Entonces hago un rodaje de diez kilómetros, es lo menos que hago". Cuando vuelve de entrenar, "subo las escaleras de casa andando, a veces de dos en dos. Vivo en un duodécimo piso".

MARATÓN

Charo ha corrido nueve maratones seguidos en Madrid, y actualmente tiene pendiente correr el décimo. 42,195 km, según quedó establecido en las olimpiadas de 1908, en Londres, por un capricho del Príncipe de Gales, Jorge V: la carrera debía llegar al estadio White City tras salvar los corredores una distancia de 38 kilómetros, pero el príncipe retrasó el punto de salida hasta el Castillo de Windsor. ¿El motivo? Evitar que la reina se mojara.

Una prueba de máxima resistencia (aunque las haya más duras), para la que se necesita "no sólo estar entrenada para ello", si no "correrla con la cabeza, que es tan importante como las piernas". Los días previos hay que cuidar "la alimentación, el descanso y la tranquilidad". Y luego preparar el terreno. Por ejemplo, "organizar en qué puntos estratégicos van a estar mi marido y mis hijas suministrándome barritas energéticas, bebidas isotónicas, etc.". Llega el esperado momento: "La salida siempre es emocionante. Todos nos miramos, cómplices de nuestra aventura, y nos deseamos buena suerte".

Los organizadores de los juegos crearon la prueba de maratón basándose en una de las versiones (una más bien imaginativa, en realidad), del mito de Filípides, quien en el 490 a. C. habría recorrido a toda velocidad los 38 kilómetros que separan Maratón de Atenas para anunciar la victoria de los helenos sobre los persas, y habría muerto dramáticamente un segundo después de pronunciar su mensaje.

En 1896, Grecia organizó los primeros Juegos Olímpicos de la edad moderna. El 10 de abril se corría la final de maratón. Los griegos habían depositado todas sus esperanzas en la prueba: los juegos estaban siendo un desastre para sus deportistas, que no habían obtenido ni una medalla. Kharilaos Vasilakos era el gran favorito y la gran esperanza griega: se había hecho con el triunfo en los Juegos Panhelénicos, disputados ese mismo año. Se daba su victoria por segura, o casi.

Charo recoge el dorsal. Se lo entrega una chica joven, que mira con extrañeza a esta señora que no parece saber en qué se está metiendo: "¿Sabe usted que la carrera es de seis kilómetros?", le pregunta. La atleta sonríe: "No te preocupes, la semana pasada corrí cuarenta y dos en una maratón, creo que hoy podré con seis".

Es una de tantas anécdotas vividas por la Charo corredora, esa señora pequeñita de sesenta y pico que ha dejado a más de uno con la boca abierta. Mujer, mayor, y atleta: una combinación poco frecuente, que a veces genera actitudes condescendientes, incrédulas, o incluso discriminatorias. Charo lo explica así: "Antes se me discriminaba por ser mujer, y ahora que afortunadamente esto se ha paliado, se me discrimina por ser mayor".

El estadio Panatenaiko de Atenas está repleto: 100.000 espectadores esperan la llegada de los corredores. El ambiente es festivo, aunque no hay demasiado que hacer mientras dura la carrera: simplemente esperar noticias de alguno de los "corresponsales" que, a caballo o en bicicleta, vayan trayendo noticias del desarrollo de la prueba.

El rumor cae como una losa sobre los griegos reunidos en el estadio: Vasilakos ha quedado atrás. De los dieciséis corredores que compiten, cuatro son extranjeros. Bien, pues tres de ellos van en los primeros puestos. El francés Albin Lermusiaux va en cabeza. Cunde el desánimo: también la medalla en maratón se les va a escapar a los griegos...

Nada emborriona las sensaciones impagables que le ofrece el atletismo. Momentos de emoción inolvidables, como la muerte de su madre, acaecida durante una carrera en la Casa de Campo. O como la emoción que le embargó corriendo una media maratón en Béjar, en un día muy frío, con lluvia. Llegando al pueblo de Candelario, "aproximadamente en el kilómetro 16 o 17 de carrera, las campanas empezaron a sonar. Me parecía tan emocionante que las lágrimas se mezclaban con la lluvia".

Esta escena la presenciaba una señora que no dudó en soltarle un "mujer, ¿quién te ha metido en este berenjenal?". "Efectivamente", explica Charo, "era muy sacrificado lo que estaba haciendo, pero también alcanzaba unas cotas altas de felicidad". Sólo así se explica el empeño, o la necesidad, de competir. Lluvia, trueno, nieve o haga treinta y cinco grados a la sombra, Charo se calza sus zapatillas, recoge su dorsal, y echa a correr.

Un nuevo rumor corre como la pólvora: a apenas cinco kilómetros de meta, el australiano Teddy Flack va en cabeza tras el abandono de Lermusiaux. Vasilakos no podrá alcanzarle. Todo está perdido. En pocos minutos, el ganador de la prueba estará entrando por la puerta del estadio.

Ya está aquí: por un instante, se hace el silencio en el Panatenaiko. Los espectadores observan con atención cómo accede al recinto un hombre bajito, moreno y bigotudo, vestido de blanco. No hay duda: es griego. ¡Griegos! Ahora el estadio es un clamor, el público enloquece. ¿Vasilakos, después de todo? Imposible, no es él. Entonces, ¿quién diablos es éste tipo?

"Entreno en tierra. En un parque próximo a casa, Las Cruces, y los fines de semana, si no tengo carreras, en la Casa de Campo con el club. Hasta que me he jubilado, entre semana, la mayor parte del año lo hacía de noche. Normalmente voy con amigos, es más divertido: Pilar, Yolanda, Valerie, Julio, Rosa, José Luis, Pedro, Paco, Victoria, Carmen, Sandra, Gloria, Marisa, Moncho... Pero no me importa ir sola. Por supuesto, soy la mayor de todos ellos".

La Carrera de la Mujer, evento que se celebra cada año en varias ciudades españolas, es una de las pruebas más especiales para Charo. La carrera de Madrid, que Charo corre desde su primera edición, suele ser multitudinaria (el último año reunió unas 30.000 corredoras). Charo fue tercera en su categoría en 2005, y segunda en 2008. En 2013, obtuvo el primer puesto. Al recoger el premio, ocurrió algo muy especial.

Aguador: esa era su profesión. Spiridion Louzis había ganado la maratón. Spyros había nacido en un pequeño pueblo de pastores llamado Marousi; el coronel a cuyas órdenes había hecho el servicio militar, le había convencido para participar en la prueba. Según la leyenda, a diez kilómetros del estadio se había detenido a tomar una copita de coñac. A partir de ahí, no había hecho más que adelantar a sus rivales.

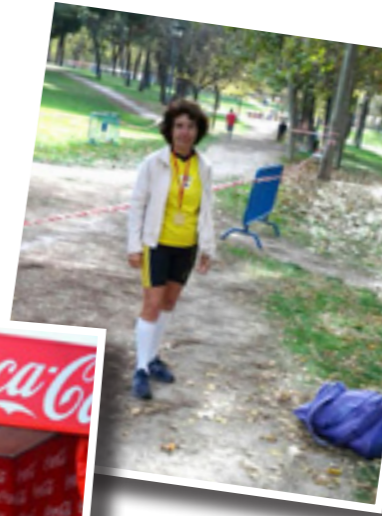
Louzis se alzó con la victoria contra todo pronóstico. Se convirtió en el héroe de las primeras olimpiadas modernas, al menos en Grecia, que sólo obtuvo esta medalla. Más aún cuando se supo que el rey Jorge I le había ofrecido concederle cualquier cosa que deseara, y el campeón sólo acertó a solicitar esto: un carro y una mula para continuar vendiendo agua por las calles de Atenas.

La abuela Charo subió al estrado. No iba sola: la acompañaban cuatro pequeños fans: Marta, Irene, Gabriel y Pablo. Los nietos de Charo tenían, respectivamente, uno, dos, cuatro y seis años. "Pablo le daba la mano a Irene, y Gabriel a Marta. Y yo en medio, dándosela a las niñas. Subíamos la rampa despacio, los cinco... ¡Indescriptible!"

"HACIA LA META..."
Rosario Sánchez García



"HACIA LA META..."
Rosario Sánchez García



"HACIA LA META..."
Rosario Sánchez García





La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE ASUNTOS SOCIALES

Comunidad de Madrid

www.madrid.org



Rosario Sánchez García

Maria José Alfonso Mingo



La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE ASUNTOS SOCIALES

Comunidad de Madrid

www.madrid.org